

XXVI Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

Los pecados de omisión

La Palabra: “Había un hombre rico que vestía de púrpura y de lino, y banqueteaba espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico, pero nadie se lo daba” (evangelio).

1. La parábola refleja bien lo que está ocurriendo hoy en nuestra sociedad mundial y dentro de cada pueblo. Unos tienen la copa de champán a rebosar, mientras otros esperan que les caigan algunas gotas para no desfallecer de sed. Y todos estamos dentro de esa organización social injusta donde, cada vez más, pocos pueden seguir banqueteeando espléndidamente y muchos se ven reducidos a la miseria. La parábola dice que el pobre no está a la puerta sino en el portal del rico; el mundo es una sola casa donde habitamos todos, pero unos sentados a la mesa, viviendo y banqueteeando espléndidamente cada día.

2. El pecado del rico que la tradición llama Epulón no es que sea un calculador criminal, ni esté insultando al pobre. Tampoco su conducta es afeada porque no cumpla con las leyes de la economía o con los preceptos religiosos. Su pecado está en la insensibilidad, no solo viendo el sufrimiento del otro, sino por no darse cuenta que la retención y el gasto superfluo de esos bienes, cuando alguien está sufriendo necesidad, son injustos. Es también un fenómeno constatable: quienes tienen a su alcance todas las comodidades y viven lujosamente, acaban insensibles ante la situación deplorable de los pobres. Llegan a ver hasta normal que muchos vivan en la miseria.

3. La parábola denuncia los pecados de omisión: no hacer lo que debes, aunque no haya ninguna ley civil ni eclesiástica que te lo imponga. Es el gran pecado del mundo actual que más estragos causa en millones de personas que no pueden vivir con dignidad. Incluso se da el caso de cristianos, muy arrepentidos de haber tenido un mal pensamiento contra la castidad, pero insensibles al clamor de los pobres e incapaces de comprometerse de verdad en erradicar la pobreza. En la parábola de los talentos queda descalificado el que se guarda las cualidades y recursos que tiene para mantener su propia seguridad, olvidando que los ha recibido para emplearlos en mejorar al mundo. El sacerdote y el levita que, para no encontrarse con el expoliado, dan un rodeo, son farsantes por omisión, no hacen lo que debían hacer. El juicio final no versará sobre prácticas religiosas sino que recordará las omisiones: “tuve hambre y no me diste de comer”.

Fray Jesús Espeja, OP
Con permiso de Palabranueva.net